UNA CIUDAD Y DOS ASEDIOS. LA CAPITAL MEXICANA EN LA OCUPACIÓN ESTADOUNIDENSE (1847) Y LA OCUPACIÓN FRANCESA (1863)

*Víctor Villavicencio Navarro**

Tras la consumación de la independencia, el optimismo resultó el elemento común en los hombres que comenzaron a dar forma a la clase dirigente mexicana. Contaban con un extenso territorio, diversos recursos naturales, un número considerable de habitantes, una geografía privilegiada y el interés de varios países por entablar relaciones comerciales. La dificultad principal giró en torno a la organización política que convenía establecer. Si bien el primer sistema de gobierno derivó de un acuerdo que instauró una monarquía constitucional encabezada por Agustín de Iturbide, el ensayo duró poco menos de dos años y dio paso a posturas tan contrarias como intransigentes.

A partir de 1824, México se convirtió en una república federal, pero los problemas, lejos de solucionarse, se hicieron crónicos. La debilidad económica del gobierno fue una constante en los años siguientes, así como la falta de cooperación de los estados que formaban la república. Los grupos dirigentes del interior del país vieron el federalismo como la garantía de que mantendrían el control de sus regiones y dificultaron la marcha del gobierno, negándose constantemente a entregar los impuestos

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

federales y a cumplir con la obligación de aportar contingentes militares para fortalecer el ejército nacional.¹

Por otra parte, si bien la constitución estableció la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, había mantenido los fueros de las corporaciones militar y eclesiástica. Además, la constante bancarrota puso a los bienes de la Iglesia en el centro de las disputas, pues mientras había quienes sostenían que debían expropiados para sanear las finanzas nacionales, otros pensaban que eran intocables. La agitación política llegó al extremo cuando se llevaron a cabo las elecciones presidenciales de 1828. Luego de reconocer a Manuel Gómez Pedraza como el ganador, el Congreso interpretó una revuelta popular en su contra como la prueba de que los comicios debían declararse nulos y nombró de forma ilegal como presidente a Vicente Guerrero, el candidato que había perdido.² Tres años más tarde, debido nuevamente a un alzamiento militar, fue declarado incapacitado para gobernar, lo que sentó un grave precedente, pues dejó claro que las revueltas armadas eran eficaces para hacerse con el poder, sin importar la ley.

Poco después, el Congreso, dominado por diputados radicales, comenzó a aprobar reformas que pretendían reducir la influencia de la Iglesia en la política nacional y poner orden en el ejército. Sin embargo, fueron revertidas cuando un nuevo gobierno tomó el poder, como ya se hacía costumbre, mediante un levantamiento militar.

Para 1835 la situación del país se había vuelto sumamente precaria: la bancarrota hacendaria había puesto al gobierno a merced de los presamistas; la desobediencia de los estados, amparados en la autonomía que les concedía el federalismo, dificultaba la marcha del gobierno y la articulación del comercio; y, para colmo, el extenso territorio nacional, que en un principio fue visto de forma positiva, comenzaba a dar muestras de resquebrajamiento debido a la actitud rebelde de los habitantes del

¹ Fausta Gantús *et al.*, *La Constitución de 1824: la consolidación de un pacto mínimo* (México: El Colegio de México, 2008), 35-65.

² Para los detalles, véase: Alfredo Ávila, "La presidencia de Vicente Guerrero", en *Gobernantes mexicanos I: 1821-1910*. Coord. por Will Fowler (México: Fondo de Cultura Económica, 2008), 84-86.

norte lejano. Por tanto, el federalismo, que según algunos había sido el causante de la ineficiencia del gobierno, ahora también atentaba contra la integridad del territorio nacional.

Las desavenencias entre las autoridades mexicanas y los habitantes de Texas venían de tiempo atrás. El idioma, las costumbres y la cultura de aquel territorio, más la escasa presencia del gobierno mexicano, habían generado problemas de difícil solución que comenzaban a ser insostenibles.³ Entonces, en octubre de 1835, el Congreso mexicano dio a conocer las bases constitucionales que convirtieron al país en una república centralista. Los colonos texanos, ante la ruptura del pacto federal, decidieron desconocer el nuevo orden político.

Una campaña militar comandada por Antonio López de Santa Anna salió rumbo al norte para sofocar a los rebeldes. Luego de algunas victorias, fue hecho prisionero, obligado a ordenar el retiro de sus tropas al sur del río Bravo y a firmar los Tratados de Velasco, mediante los cuales se comprometió a hacer que el gobierno mexicano reconociera la independencia de Texas. El Congreso ignoró los tratados y se negó rotundamente a reconocer la separación, lo que provocó tensiones en los años siguientes.⁴ Santa Anna se alejó de la política y salió del país.

Para principios de la década de 1840, la política expansionista estadounidense se encontraba en su punto más alto y el territorio de Texas, por la llegada de más colonos, por su comercio, políticas e idioma, ya giraba en la órbita de Estados Unidos. Luego de varias negociaciones, el Congreso estadounidense aprobó la agregación de Texas el 1° de marzo de 1845 y tres meses más tarde los texanos votaron a favor de la anexión. El gobierno mexicano se negó a reconocer los hechos. El presidente James Polk envió a John Slidell a México para presentar una oferta de compra de los territorios, pero ni siquiera fue recibido. Polk, entonces, ordenó al general Zachary Taylor avanzar con un contingente militar a la frontera entre Texas y México. Debido a un incidente entre

³ Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 35-56.

⁴ Josefina Zoraida Vázquez, *Dos décadas de desilusiones. En busca de una forma adecuada de gobierno (1832-1854)* (México: El Colegio de México, Instituto Mora, 2010), 60-64.

las tropas estadounidenses y las unidades de defensa mexicanas, el presidente Polk envió al Congreso el 12 de mayo de 1846 su declaración de guerra.⁵

La movilización del ejército estadounidense fue rápida y eficaz. Para finales del año tenían el control de Nuevo México y California, así como de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas y Chihuahua. Entre tanto, la marina tomó puertos importantes en el Pacífico y bloqueó los del Golfo de México. En la capital mexicana, diversos problemas internos dificultaban la preparación de la guerra. Un grupo de políticos organizaron una revuelta que culminó en la restauración del federalismo y otros más se amotinaron para evitar que fueran hipotecados los bienes eclesiásticos, lo que era necesario para conseguir recursos destinados a la defensa del territorio. Tal parecía que, mientras las tropas estadounidenses avanzaban dentro del país, los políticos en Ciudad de México preferían discutir sobre reformas constitucionales y otras leyes.⁶

Con el fin de abrir un segundo frente y controlar el centro del país, el presidente Polk ordenó al general Winfield Scott trasladarse por mar a Veracruz. La ciudad fue ocupada en marzo de 1847. Al mes siguiente, tras vencer a las tropas mexicanas en la batalla de Cerro Gordo, quedó despejado el camino de las fuerzas invasoras a Ciudad de México. La capital fue declarada en estado de sitio el 1° de mayo. Santa Anna regresó al país para hacerse cargo de la presidencia y de la dirección militar.⁷

Mientras tanto, Puebla cayó en manos de las tropas estadounidenses. La estrategia mexicana, que hasta entonces había consistido en hostilizar con guerrillas el avance del enemigo, se concentró en la fortificación de Ciudad de México. La capital era la localidad más importante en todos los aspectos. Era la más poblada del país, donde se encontraban las familias y fortunas más grandes, residencia de los poderes federales, de las autoridades eclesiásticas y de las representaciones diplomáticas acreditadas. Además, los mandos del ejército consideraron que dejarla indefensa no solo significaría un grave riesgo para sus habitantes,

⁵ Josefina Zoraida Vázquez, coord., *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), 37.

⁶ Vázquez, *Dos décadas de desilusiones...*, 125-126.

⁷ *Ibid.*, 127.

sino que haría más fácil la caída de otras ciudades y, en consecuencia, las tropas estadounidenses tendrían pronto el control del país. En el mes de julio, las fuerzas mexicanas organizadas para la defensa de la capital ascendían a cerca de 22 000 hombres.⁸

El general Scott comenzó su marcha hacia Ciudad de México a principios de agosto, con poco menos de 11 000 efectivos. Cuando se tuvo noticia del avance del enemigo la confusión se apoderó de la capital. Mientras las autoridades civiles mandaban que los hombres aptos para luchar se pusieran bajo las órdenes de los jueces de paz, las militares los convocaban a las fortificaciones para terminar las edificaciones defensivas.

El 19 de agosto tuvo lugar la primera batalla a las afueras de la ciudad, en el campo de Padierna, situado en el margen suroeste. Los planes de defensa terminaron en desastre cuando el general Gabriel Valencia desobedeció la orden de mantenerse alerta y dio inicio a la ofensiva. Una jornada bastó para que las tropas estadounidenses desbandaran a las mexicanas. Al día siguiente, el convento de Churubusco, en la parte sur de la ciudad, fue tomado por el ejército estadounidense luego de tres horas de combate a fuego abierto, el cual terminó porque se agotaron las municiones de los defensores mexicanos.⁹

Las derrotas significaron la baja de un tercio de las fuerzas mexicanas. El gobierno se vio obligado a solicitar un armisticio al general Scott y el 23 de agosto las hostilidades cesaron. Ambos bandos intercambiaron prisioneros y lograron hacerse de provisiones. Al mismo tiempo, se establecieron las primeras negociaciones de paz, pero terminaron pronto pues algunos miembros del Congreso mexicano defendían la idea de mantener la lucha hasta derrotar al enemigo. El 7 de septiembre el armisticio terminó y se reanudaron los enfrentamientos.

Ciudad de México ya experimentaba los desastres de la guerra, la carestía de alimentos y la posibilidad de quedar sin agua mantenían atemorizada a la población. La situación se complicó aún más para la causa

⁸ Carlos Eduardo Arellano González, “Defensa y resistencia de la ciudad de México durante la invasión estadounidense, abril-septiembre de 1847” (tesis de licenciatura, UNAM, 2018), 173-174.

⁹ *Ibid.*, 204-220.

mexicana tras las derrotas en las batallas de Molino del Rey y del Castillo de Chapultepec. Santa Anna y sus oficiales decidieron entonces evacuar al ejército de la capital. El 13 de septiembre la ciudad quedó a merced del invasor.

En días anteriores, el ayuntamiento capitalino había girado instrucciones a sus habitantes con la intención de alistarse para la resistencia que sería necesaria. Entre otras disposiciones, mandó a todo ciudadano de entre 16 y 50 años de edad prepararse para atacar al enemigo con las armas que tuviere a la mano, fueran blancas o de fuego; romper el empedrado de las calles y subir las piedras a las azoteas para usarlas contra del ejército estadounidense. Pidió a los sacerdotes que animaran a sus feligreses para que tomaran parte en la resistencia y que suministraran los auxilios espirituales a quienes los necesitaran. A las mujeres, ancianos y niños les encomendó ayudar con la preparación de alimentos y el cuidado de los heridos.¹⁰

En la madrugada del 14 de septiembre las tropas estadounidenses comenzaron a internarse en la capital. En los balcones de varios edificios ondeaban banderas blancas o de algunos países europeos y el movimiento en las calles era mínimo. A las siete de la mañana, fue izada la bandera estadounidense en el Palacio Nacional y el general Scott dirigió un discurso a sus tropas. Al finalizar, se escucharon varios gritos en contra de los “yanquis invasores”, seguidos de disparos y detonaciones. Piedras, macetas y demás utensilios fueron utilizados como proyectiles improvisados por varios capitalinos para resistir a los invasores.

Los soldados estadounidenses arremetieron contra la población. Durante el resto del día, la resistencia popular se reprodujo e hizo más fuerte. El general Scott ordenó repeler los ataques con la fuerza, amenazó a las autoridades capitalinas con el saqueo de la ciudad y mandó francotiradores a algunas azoteas para eliminar a los rebeldes.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, 235-238.

¹¹ Un trabajo ya clásico que da cuenta detallada del levantamiento popular en la capital del país es el de Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847* (México: Era, Conaculta, INAH, 2003).

Al día siguiente, los ataques se concentraron en los barrios ubicados al norte de la ciudad. Se supo que algunos rebeldes estaban organizados y liderados por sacerdotes, que los impulsaban a hostilizar a las tropas estadounidenses para tratar de hacerlas salir de la capital. Scott advirtió al ayuntamiento que de no restaurarse el orden, mandaría ocupar las casas en las que se ocultaban los atacantes para saquearlas y pasar por las armas a quienes encontraran en ellas. El ayuntamiento expidió un bando a la población pidiendo que se restableciera la tranquilidad. Asimismo, las autoridades eclesiásticas exigieron a los sacerdotes que terminaran con cualquier hostilidad y que pidieran a los habitantes mantenerse en sus casas. Al caer la noche, la calma había regresado a la ciudad. Sin embargo, en los días siguientes se produjeron robos constantes y asesinatos de soldados estadounidenses, por parte de la población.¹²

Poco a poco, los capitalinos se acostumbraron a las tropas estadounidenses, que permanecieron en Ciudad de México diez meses más. Entre tanto, el gobierno mexicano se había trasladado a Querétaro. Con el Tratado Guadalupe Hidalgo, firmado a principios de febrero de 1848, se concluyeron las negociaciones y se dio por terminada la guerra.

El fin de la invasión estadounidense y la pérdida de territorio nacional trajeron como resultado una etapa de crisis. La división y las diferencias políticas que mostraron los mexicanos durante la guerra se agudizaron cuando terminó. Los problemas económicos continuaron, las discordias se acrecentaron y los grupos que se disputaban el poder fueron incapaces de establecer un sistema que finalmente trajera paz y estabilidad al país.

Entre 1853 y 1855, se estableció una dictadura militar encabezada por Santa Anna. La falta de libertades y el abuso de la autoridad, junto con algunas políticas de tintes conservadores, provocaron inconformidades en buena parte de la sociedad.¹³ Un levantamiento armado que se expandió por el territorio nacional terminó con el régimen y dio entrada a una nueva generación de políticos, cuyo ideario reformista quedó

¹² Arellano González, "Defensa y resistencia de la ciudad de México", 270-283.

¹³ Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado: la dictadura, 1853-1855* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

plasmado en una nueva constitución, promulgada en 1857. Las libertades individuales, la igualdad ante la ley y la separación entre el poder religioso y el poder político que garantizaba la constitución provocaron más inconformidades y disputas, que desembocaron en una guerra civil. En este tiempo coexistieron dos gobiernos. El primero, conservador, mantuvo el control de Ciudad de México, mientras que el liberal se asentó en el puerto de Veracruz.

La contienda terminó luego de tres años de lucha. A principios de 1861, el gobierno liberal, encabezado por Benito Juárez, volvió a la capital y restableció el orden constitucional. El fin de la guerra no significó la pacificación del país, pues guerrillas conservadoras se mantuvieron en armas en diversos territorios.

La guerra dejó en ruinas a la de por sí debilitada economía nacional. Con la finalidad de reorganizar el sistema hacendario y sanear las finanzas, el gobierno decretó la suspensión del pago de la deuda externa durante dos años.

La disposición provocó que los gobiernos de Francia, España e Inglaterra, principales naciones acreedoras de México, enviaran tropas de forma conjunta a las costas del Golfo, con el fin de presionar a Benito Juárez para que derogara la ley de suspensión de pagos. A principios de 1862, las fuerzas tripartitas desembarcaron en Veracruz. De inmediato, el gobierno mexicano les hizo saber que la ley había sido derogada y que el pago de las deudas continuaría en marcha. Las autoridades españolas e inglesas quedaron satisfechas y ordenaron el rembarco de sus ejércitos. En cambio, el gobierno francés, encabezado por Napoleón III, tenía otros planes. Desde hacía años, políticos mexicanos se presentaban en París para solicitar la ayuda del emperador al proyecto de convertir a México en una monarquía y establecer como soberano a un príncipe europeo.¹⁴ Napoleón entendió que la guerra civil estadounidense que recién había comenzado ofrecía la oportunidad de emprender la “regeneración de México”. Por ello, desde el principio había dado la orden a sus ejércitos de dirigirse al interior del país para apoderarse de la capital.

¹⁴ Víctor Alberto Villavicencio Navarro, “El monarquismo mexicano decimonónico: *momentos, proyectos y personajes*” (tesis doctoral, UNAM, 2015).

Las tropas francesas comenzaron su avance. Por su parte, el ejército mexicano se dio a la tarea de organizar la defensa. La victoria en la célebre batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla le dio algunas esperanzas. No obstante, cuando las noticias de esta derrota llegaron a París, el Cuerpo Legislativo aprobó el envío de 25 000 refuerzos militares. Con su llegada, el ejército francés en México sumó poco más de 30 000 efectivos y su avance resultaría imbatible. Al año siguiente, luego de 62 días de sitio debido a una férrea defensa del ejército mexicano, Puebla fue tomada por las tropas francesas.

Ciudad de México siguió los acontecimientos en la prensa. Muchos periódicos se esforzaron en animar el patriotismo de sus lectores, criticando la actitud del gobierno francés contra México e informando sobre la contribución de dinero y efectivos militares que varios estados hacían para la defensa del país.

Las autoridades de la capital dictaron medidas para mantener la ciudad en paz y, al mismo tiempo, comenzar a organizar su protección. Como hacía dieciséis años, se ordenó que todos los hombres de entre 16 y 60 años de edad, incluidos los sacerdotes, se apresuraran a tomar las armas y quienes no lo hicieran deberían pagar una multa. La respuesta de la población fue muy escasa, razón por la cual se determinó inscribir por la fuerza a los deudores en las filas del ejército y obligar a los habitantes de la ciudad a trabajar en la construcción de fortificaciones defensivas. Finalmente, la capital fue declarada en estado de sitio el 18 de mayo de 1863, una vez conocida la caída de Puebla. Se mandó evacuar a las familias, mujeres, ancianos y niños con el fin de protegerlos y, al mismo tiempo, tener menos civiles que alimentar ante la inminente llegada de las tropas francesas.¹⁵

El gobierno decidió salir de Ciudad de México y trasladarse a San Luis Potosí, con la intención de salvaguardar los poderes federales ante la inminente llegada del ejército francés. El presidente Juárez, los miembros de su gabinete, varios diputados del Congreso y las tropas restantes comenzaron su viaje el último día de mayo. Al frente de la ciudad quedó el ayuntamiento. A partir de entonces, la intención de las

¹⁵ Samuel Iván García Bahena, “La capital intervenida: ocupación militar de la ciudad de México durante la Intervención Francesa” (tesis de licenciatura, UNAM, 2018), 40-63.

autoridades ya no fue la defensa militar, sino la protección de los capitalinos que habían decidido quedarse.

Las reacciones de los habitantes de Ciudad de México a la salida del gobierno y el ejército fueron disímiles. Una parte de la población se sintió abandonada por el presidente Juárez, quien la había dejado a su suerte frente a las tropas invasoras, mientras que otra buena parte vio con gusto la salida del gobierno y la próxima llegada de los franceses, a quienes consideraban necesarios para reconstruir al país. Sin embargo, fueron los extranjeros residentes de la ciudad quienes se sintieron particularmente amenazados, pues temían que por la falta de autoridades las clases bajas los atacaran y robaran sus casas y locales comerciales. Por ello, una comitiva formada por los representantes diplomáticos de Prusia, España, Inglaterra y Estados Unidos salió hacia Puebla para entrevistarse con los jefes de las tropas francesas, comunicarles la salida del gobierno mexicano de la capital, asegurar que no encontrarían resistencia alguna al ocuparla y pedirles que sus hombres se hicieran cargo de la seguridad y el orden de la ciudad.¹⁶

Finalmente, el 10 de junio de 1863 el ejército francés entró a Ciudad de México en medio del júbilo de sus habitantes, que lo veían con curiosidad y entusiasmo. El armamento, los caballos, el color de sus uniformes y de la piel de los regimientos de Cazadores de África despertaron mucha curiosidad. Para buena parte de la población capitalina, la llegada de las fuerzas francesas significaba la pacificación del país y la seguridad de un futuro mejor. La ciudad había sido engalanada. Los comercios cerraron, las puertas y los balcones de las casas fueron decorados e inclusive se construyeron arcos triunfales. Los capitalinos emocionados se hicieron rápidamente a la idea de que los militares franceses serían sus huéspedes durante un lapso prolongado.¹⁷

Los miembros de la clase alta, muchos de ellos de ideología conservadora y monarquista, tardaron poco en estrechar vínculos con los soldados de Francia, cuyos oficiales fueron bien recibidos en las casas de la aristocracia capitalina. Si bien en un principio había sido difícil

¹⁶ *Ibid.*, 67-68.

¹⁷ *Ibid.*, 81-86.

convencer a las familias de alojar a algunos oficiales, con el tiempo la convivencia se hizo rutinaria y agradable, al grado de que las fiestas, banquetes, obras teatrales, conciertos y bailes se hicieron comunes. Poco a poco, el ejército francés hizo suya Ciudad de México, y sus habitantes, al mismo tiempo, hicieron suyos a los nuevos residentes.

Una de las principales acciones emprendidas por el mariscal Elías Federico Forey, jefe de las tropas francesas, fue asumir la autoridad de la ciudad. Como quedó dicho, tras la salida del presidente Juárez, el mando había quedado en manos del ayuntamiento, el cual se dedicó a dictar medidas para preservar el orden, la limpieza y el abasto. A pesar de haberse sumado de buena gana al recibimiento de las tropas francesas, se decidió que era necesario renovar a sus miembros con la finalidad de colaborar para restablecer la monarquía en el país. De esta forma, el mariscal Forey designó a los integrantes de un nuevo ayuntamiento y tomó el poder político de la ciudad.¹⁸

El siguiente paso de las autoridades francesas fue nombrar un órgano de gobierno nacional. Para ello, se convocó a 35 personajes de la élite política y económica de la capital para formar una Junta Superior de Gobierno, la cual quedó formalmente instalada el 16 de junio. Enseguida, la junta organizó la formación de una asamblea de notables, formada por 215 hombres prominentes, miembros de las clases altas de la sociedad. A su vez, la asamblea nombró una comisión para que dictaminara sobre la forma de gobierno que convenía instalar en México.¹⁹

Tras dos sesiones de deliberación, los miembros de la comisión concluyeron sus trabajos. El resultado fue que México debía convertirse en una monarquía moderada y se invitaría a Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, para ser nombrado emperador. Aprobada la resolución, fue dada a conocer a los habitantes de la capital por medio de un bando que también se mandó al resto de las ciudades del país.²⁰

Así las cosas, la ocupación de Ciudad de México por el ejército francés, si bien resultó espectacular en un principio y dio inicio a grandes

¹⁸ *Ibid.*, 89-96.

¹⁹ Los documentos de esta asamblea se encuentran recopilados en Rafael Tafuya Pérez, *La Junta de Notables de 1863* (México: Jus, 1977).

²⁰ Villavicencio Navarro, "El monarquismo mexicano decimonónico", 308-314.

cambios políticos, no modificó sustancialmente la vida de los capitalinos. Más allá de los festejos, la presencia del ejército invasor pronto se hizo parte de la cotidianidad. Si acaso, algunas tiendas, restaurantes, bares, hoteles y otros establecimientos comerciales comenzaron a colocar anuncios escritos en francés en sus puertas y ventanas, para hacer entendibles sus ofertas a los militares. En lo general, la ocupación de la ciudad fue bien recibida por sus habitantes, sin violencia y con muy pocas agresiones; pronto, los capitalinos se acostumbraron a la presencia del invasor.

El ejército francés se estacionó en Ciudad de México durante casi cuatro años, hasta principios de 1867, cuando cumplió la orden de Napoleón III de repatriarse. A mediados de ese año, la falta de apoyo militar provocó la caída del gobierno de Maximiliano de Habsburgo.

Consideraciones finales

A lo largo del siglo XIX, la capital de la república mexicana fue ocupada en dos ocasiones por ejércitos extranjeros. Ambos acontecimientos provocaron reacciones distintas, tanto en el ámbito político como en el social, las cuales ofrecen algunos elementos de reflexión sobre las ideas que los habitantes tenían acerca de su ciudad.

En 1847, la llegada de las tropas estadounidenses a la capital fue entendida como la culminación de la guerra. En el terreno político, al caer Ciudad de México el país entero quedó en manos de los invasores, tanto así, que el gobierno debió salir a Querétaro para reorganizarse y emprender las negociaciones de paz. La sociedad capitalina lo entendió de forma distinta. La ciudad no solo era la capital política del país, sino también su lugar de residencia, la localidad donde hacía su vida y mantenía a su familia. Debido a ello y a un creciente sentimiento antiestadounidense, avivado al paso de los años desde que Texas declaró su independencia y se adhirió a Estados Unidos, los capitalinos se organizaron para defenderla y resistir a las tropas extranjeras.

Calle a calle, barrio a barrio, con piedras, palos y machetes, se opuso una resistencia sin titubeos. Si bien se trató de una lucha breve e inútil,

el levantamiento en defensa de la localidad habla de actitudes solidarias entre los habitantes de la ciudad, de una sociedad que aún no alcanzaba el grado de división que presentaría años más tarde. Asimismo, el carácter popular de la resistencia deja claro que esa necesidad de defender el territorio fue más fuerte en las clases bajas, más arraigadas e identificadas con su localidad que con el resto del país. Para ellas, lo importante no era salvar a México, sino salvar su ciudad.

La ocupación de 1863 fue diferente. Para entonces, el país había acumulado más años de inestabilidad y enfrentamientos entre sus habitantes. La sociedad acababa de salir de la Guerra de Reforma y, debido a las diferencias políticas, estaba más dividida. Aunado a lo anterior, el ejército francés llevaba la orden de apoyar el restablecimiento de la monarquía como forma de gobierno en México, con lo cual incidía directamente en la disputa interna por el poder político que sostenían diversos grupos desde hacía años. Si en un principio se pensó en hostilizar el avance de las tropas francesas desde Veracruz hacia el interior del país, cuando cayó Puebla el presidente Benito Juárez decidió salir de la capital para salvaguardar los poderes nacionales. Esa salida inhibió cualquier intento de resistencia, pues los habitantes de Ciudad de México entendieron que el gobierno los había abandonado y los que simpatizaban con la reinstauración monárquica celebraron la llegada de las tropas francesas.

Contrario a lo sucedido dieciséis años atrás, la ocupación de Ciudad de México en 1863 se realizó casi sin violencia. Las fuentes indican que el ejército invasor fue recibido con entusiasmo y algarabía por la población. Ni siquiera cuando las autoridades francesas dictaron medidas de gobierno encontraron resistencia entre los habitantes de la capital. Con el tiempo, la sociedad siguió adelante con sus actividades cotidianas y la presencia de los militares franceses se hizo parte de estas.

En los dos casos, ocupar la capital significó controlar el corazón del país, por su importancia como sede del poder político y religioso, de las representaciones internacionales, de las actividades económicas más importantes y de las familias con mayor renombre. Ciudad de México dictaba el paso y ponía el ejemplo a las demás regiones. En 1847 fue

VÍCTOR VILLAVICENCIO NAVARRO

defendida con energía por sus habitantes ante la llegada de un ejército extranjero, pero en 1863 los mismos habitantes adoptaron el papel de simples espectadores, algunos inclusive entusiastas. Es claro que la relevancia de Ciudad de México era la misma, pero la idea de sus habitantes acerca de ella había cambiado. En menos de dos décadas, las circunstancias del país hicieron que dejara de valer la pena defenderla. Hacían falta años más para que el arraigo y la identificación con el territorio cruzaran las barreras de lo local y se transformaran en un sentimiento de identidad nacional.